



La boca y el problema de ego

Paula Sánchez Mayor¹

Recibido: 19 de septiembre de 2019 / Aceptado: 15 de noviembre de 2019

Resumen. La propuesta de este artículo es recorrer las últimas páginas de *Ego sum*, un libro de Jean-Luc Nancy publicado en 1979, localizando ahí el problema de la unión del alma y el cuerpo y teniendo presente la lectura de Derrida en *El tocar; Jean-Luc Nancy*, principalmente la crítica que hace a Nancy en relación a la boca como lugar de intersección del alma y el cuerpo. Este recorrido pretende esbozar los primeros pasos que llevan a la comprensión del sujeto en el pensamiento de Nancy.

Palabras clave: boca; cuerpo; alma; *res cogitans*; *res extensa*; sujeto.

[en] The mouth and the ego's problem

Abstract. The proposal of this article is to go through the last pages of *Ego sum*, a book by Jean-Luc Nancy published in 1979, locating there the problem of the union of the soul and the body and keeping in mind the reading of Derrida in *El tocar; Jean-Luc Nancy*, mainly the criticism that makes Nancy in relation to the mouth as a place of intersection of the soul and the body. This course aims to outline the first steps that lead to the understanding of the subject in Nancy's thought.

Keywords: mouth; body; soul; *res cogitans*; *res extensa*; subject.

Sumario: 1. Tres amigos; 2. Dos bocas; 3. Un sujeto; 4. Epílogo; 5. Referencias bibliográficas.

Cómo citar: Sánchez Mayor, P. (2019) "La boca y el problema de ego", en *Escritura e Imagen* 15, 205-214.

¹ Universidad Complutense de Madrid

1. Tres amigos

Comenzamos con una serie de palabras en torno a las que girará este ensayo: *Ego*, abertura, boca, agujero... Todas son palabras, palabras problemáticas, difíciles, inquietas, plurales, equívocas. Palabras compartidas, partidas y repartidas entre tres filósofos, dos amigos y un tercero que rompe el par. Se trata de Jacques Derrida, Jean-Luc Nancy y René Descartes.

Estos tres autores se dan cita principalmente en dos obras. Por un lado, la obra que Derrida dedica a Nancy: *El tocar*, y por otro, la obra que Nancy dedica a Descartes: *Ego sum*. A través de este intercambio de palabras se pretende llevar a cabo una aproximación a la noción de sujeto que opera en la filosofía de Nancy, situándola, de esta manera, como intersección histórica y conceptual de las relaciones entre estos tres filósofos. Cabe añadir que, tal y como hace el propio Nancy en *Ego sum*, esta propuesta es sólo una de tantas, uno de los muchos caminos que podemos seguir hacia la noción de sujeto, noción formada de palabras como las que abren este artículo: problemáticas, difíciles, inquietas, plurales y equívocas. Y respetando estas características será como procedamos a través de los textos.

Derrida abre el problema de *Ego sum*, que no es otro que el problema de Descartes y Nancy, el problema que Nancy lee en Descartes. Lo abre desde la noción de extensión, podríamos decir que la extensión se abre como problema, como interrogación, en el corazón de *Ego sum*, en el corazón por tanto de ego, del sujeto. La extensión, pero no simplemente como idea o cuestión abstracta, sino ¿la extensión de qué? ¿A qué complementa el adjetivo extenso? ¿a qué acompaña y cómo? ¿cuál es esa extensión que, siendo un mero adjetivo, trastoca y desborda al nombre que acompaña? Derrida lo ha leído en Descartes a través de los ojos de Nancy: “la cuestión capital parece concentrarse en un nombre, el de *extensión*, y en el de una extensión increíble: la del alma o el pensamiento”². Extensión increíble, sobre todo en comparación con la extensión del cuerpo, que, por así decirlo, viene de suyo, se comprende de forma evidente, clara y distinta, por utilizar el vocabulario cartesiano, “fácil de aprehender para el sentido común”³ dice Derrida. El problema se abre entonces en el momento en que ambas extensiones: la del alma y la del cuerpo, se encuentran en *ego*. Lo que venimos llamando problema, es decir, la inconmensurabilidad de las extensiones de alma y cuerpo, se abre; ese encuentro, reencuentro, reunión, contacto, relación, se abre, se espacia y se extiende. Derrida lee este encuentro inconmensurable como un lugar: “este lugar debe ser un espaciamento antes de ser un espacio, debe abrir una abertura, si se quiere, un intervalo, es decir, una extensión aparentemente incorporada”⁴.

Nos asomamos al borde, a la comisura de ese lugar que se abre y que abre, que da lugar. “Ese lugar, dice Nancy, no es un lugar y no está sin embargo fuera de los lugares. Él forma en el lugar, en la extensión de un rostro, la abertura de un no-lugar. En ese no-lugar se ayuntan y se distinguen, se ayuntan de su distinción la figura y lo sin-figura. El lugar del enunciar está formado por la dis-locación interna de esa reunión”⁵. El lugar del enunciar lo llama Nancy, cavidad, oquedad, precipicio, abismo, abertura, agujero, orificio, repite Derrida.

² Derrida, J., *El tocar*, Jean-Luc Nancy, Buenos Aires, Amorrortu, 2011, p. 48

³ Íbidem, p. 49

⁴ Íbidem, p. 49

⁵ Nancy, J-L., *Ego sum*, Barcelona, Anthropos, 2007, p. 131

El problema del encuentro del alma y el cuerpo no es, a fin de cuentas, sino el problema de la unión, de la unidad, el problema de hacer coexistir, o existir-con o ser-con la extensión del alma y la del cuerpo. La boca, “la extensión inconmensurable del pensamiento”⁶ como la define Nancy, es la garante de su unión, de su *unum quid*. He aquí el punto en el que Derrida se aleja, del que Derrida sospecha, ¿por qué vuelve, la unidad a imponerse como problema, y no solo como problema, sino como exigencia de una solución? *Unum quid*, Nancy ha traído de nuevo esa pregunta: “¿Qué hay de esa unidad del alma y el cuerpo, de esa cosa una cuya unidad, es cierto, no es anterior a la *compositio* que la produce, por cuyo ser-uno se da por oposición al simple estar-junto o estar-pegado, y entonces según el efecto de una conjunción que implica unión, es decir, en cierto modo al menos mezcla, interpenetración recíproca de dos componentes?”⁷. Como dice Derrida “la demostración final hacia la que se orienta *Ego sum* es que sin la boca no se podría pensar la unión del alma y el cuerpo”⁸.

Tomaremos como hilo conductor esta observación de Derrida. Una observación que encierra una crítica, una observación hecha desde la intimidación que le provoca uno de sus verdaderos amigos. Uno de los aspectos que distancian a Derrida de Nancy es la idea de que haya algo así como un punto de contacto, un contacto tangencial, que se resuelve en la unidad de un punto. Esta manera de entender el contacto, que Derrida lee en Nancy, como dos unidades que tienen un punto de tangencia, un punto de encuentro, no coincide con la propuesta derridiana, en tanto que continua jugando sobre la base del par, y de la resolución en la unidad. Se trata de una distancia, la de Derrida respecto a Nancy, compleja y que articula *El tocar*. Entre los tres autores opera un juego de distancias que hay que dibujar cuidadosamente.

2. Dos bocas

Han aparecido en escena tres extensiones, inconmensurables las tres, que tratan de conjugar el viejo problema de la unión del alma y el cuerpo. La extensión del cuerpo, la del alma y una tercera extensión que ha sido comprendida por Nancy como un lugar, un espaciamento, una abertura y que Derrida ha revelado ya: se trata de la boca. Toca pensar cómo la extensión del pensamiento se resuelve en la abertura de la boca, es decir, cómo reconciliar las inconmensurabilidades del alma y el cuerpo, y qué lugar ocupa en ello la enunciación de *ego*. Derrida escribe la cuestión en dos tiempos. Primer tiempo, “la boca, la embocadura de la boca, el espaciamento originario de una boca que se abre entre los labios y a los senos del otro”⁹, segundo tiempo, “esa doble extensión toca o *se toca*”¹⁰. Dos tiempos que se dan a la vez, en una síncopa, la boca, el tocarse del alma y el cuerpo, en un ritmo que marca el movimiento de la boca, que se abre y se cierra, ella sola y por otro, alrededor del otro.

La boca, una parte del cuerpo que sin embargo no es nada, es un agujero, abertura, espacio vacío, está limitada por unos labios que pueden cerrarla, hacerla desaparecer. Localizada en el cuerpo no tiene materia, carne, pero sí extensión.

⁶ Íbidem, p. 131

⁷ Íbidem, p. 107

⁸ Derrida, J., *El tocar*, Jean-Luc Nancy, *op. cit.*, p.50

⁹ Íbidem, p. 53

¹⁰ Íbidem, p. 54

Nancy destaca dos acepciones de la boca: oralidad y bucalidad. Para Derrida la respuesta de Nancy es la boca antes de su estadio oral, antes de la enunciación *ego sum*. Una boca primitiva, “la boca del grito, la boca cerrada sobre el seno”¹¹. La boca, bucca, lo que llena la boca, lo que hincha las mejillas, lo que estira la piel del rostro y aprieta los labios, en palabras de Nancy: “la contracción y/o la distensión del soplar, del comer, del escupir o del hablar”¹². La boca abierta, abierta por el otro en la infancia, por el otro que da de comer, abierta nada más nacer, en un grito informe, inhumano. Antes de enunciar *ego*, la boca ya se ha abierto, es siembre abierta, ofrecida al otro. La abertura de la boca es condición para *Ego*, para que *ego* se espacie en la abertura de la boca que aún no enuncia nada, que sólo grita y come, que infla las mejillas. En este fragmento de *Archivida* Nancy relata el estadio primitivo de la boca en la experiencia del recién nacido, muestra así cómo su cuerpo se relaciona con el otro mediante la boca, cuando aún es sólo bucca:

Tocar comienza cuando dos cuerpos se distancian y se distinguen uno del otro. El niño sale del vientre y se vuelve a su vez un vientre que puede tragar y escupir. Él toma en su boca el pecho de su madre o su dedo. Chupar es el primer tocar. La succión aspira, por cierto, la leche nutritiva. Pero hace algo más, hace otra cosa: ella cierra la boca sobre el cuerpo del otro. Establece o reestablece un contacto por el cual invierte los roles: el niño que fue contenido contiene ahora al cuerpo que lo contenía. Pero él no lo encierra en sí, al contrario, él lo tiene al mismo tiempo delante suyo. El movimiento de los labios que chupan no cesa de retomar la alternancia de proximidad y distancia, de penetración y de salida de quien ha presidido el descenso desde el vientre hasta la salida fuera del cuerpo, de ese cuerpo nuevo al fin listo para separarse.

Al separarse, él conquista aquella nueva posibilidad de la que no conocía más que un bosquejo: la posibilidad de la relación y del contacto.¹³

Esta narración enlaza los dos tiempos de Derrida, la boca y el tocar, el abrirse de la boca como el primer tocar, “el no-lugar de este lugar es también abierto por el otro. *A la vez* auto-afectado y hétero-afectado, uniendo las dos afecciones como dos labios, él se deja abrir” comenta Derrida.

Esta bucalidad, condición previa de la oralidad, es el espaciamiento de una abertura, un orificio que se extiende y se contrae. Una abertura que permite que algo salga de ella y que entre. Que entre el alimento y que salga el grito, la voz, “la boca entreabierta, despegándose del seno, con una primera sonrisa, con una primera mímica cuyo futuro es el pensamiento”¹⁴ dice Nancy. El preludeo del pensamiento, el preludeo también de la enunciación *ego*. Pero preludeo ya significativo, una voz que no es todavía lenguaje, que lo precede, “pertenece al lenguaje por el hecho mismo de serle anterior y, en cierto modo, exterior. Es como una precesión íntima del lenguaje, extranjera empero al lenguaje mismo”¹⁵.

A punto de llegar a *ego*, en su espacialización, en el contacto del cuerpo y el alma, aparece la voz, una voz, *unum quid*. En *Vox clamans in deserto* Nancy presenta la voz como aquello que me eyecta al mundo:

¹¹ Íbidem, p. 44

¹² Nancy, J-L., *Ego sum*, op. cit., p. 132

¹³ Nancy, J-L., *Archivida. Del sintiente y del sentido*. Buenos Aires, Quadrata, 2013, pp. 12-13

¹⁴ Nancy, J-L., *Ego sum*, op. cit. p. 132

¹⁵ Nancy, J-L., *El peso de un pensamiento*, Castelló, Ellago Ediciones, 2007, p. 33

La voz no respondería al vacío, sino que expondría el vacío, lo volcaría hacia el afuera. La voz no sería tanto el rechazo como la eyección de un vacío infinito abierto en el corazón del ser singular, de ese ser abandonado. Lo que la voz estaría pues exponiendo, como una manera de ofrecer el abismo, no sería una falta. Sería ese defecto de plenitud o de presencia que no es un defecto porque es la constitución más propia de la existencia, lo que la abre, por adelantado y para siempre abierta, fuera de ella misma. En la voz, habría esto: que ese existente no es un sujeto, sino que es una existencia abierta y atravesada por esa eyección, una existencia eyectada al mundo. Mi voz es ante todo lo que me eyecta al mundo.¹⁶

Esa eyección al mundo viene con el primer grito, con el primer llanto del niño. Esa voz es la que me expone llamando al otro. Se empieza así a definir la existencia como exposición, y no tardará en aparecer la extensión como elemento de esta ecuación que es el *ego*. Antecediendo a una cita de Paul Valéry dice Nancy que “el hombre es eso que se espacia, y que acaso nunca permanece en otra parte que en su espaciamento, en la *arrealidad* de su boca”¹⁷. La boca, en su espaciamento, en la extensión de *ego* revela el *unum quid* del alma y el cuerpo. Las palabras de Paul Valéry que recoge Nancy son las siguientes:

Espacio bucal. Una de las invenciones más curiosas de la cosa viviente. Habitación de la lengua. Reino de reflejo y de duraciones diversas. Regiones gustativas discontinuas. Máquinas compuestas. Hay fuentes y muebles. Y el fondo de ese precipicio con sus trampas bastante traidoras, sus instantáneas, su nerviosa crítica. Umbral y actos (...)
*Es una entrada de infierno de los antiguos (...)*¹⁸

3. Un sujeto

La boca, ese umbral, oscuro, húmedo, inhóspito. Lugar de paso, entrada y salida. Lugar único, punto, *unum quid*. De nuevo la sospecha de Derrida, que ve demasiado próximas esa boca pre oral y la glándula pineal cartesiana, Derrida quisiera, tal vez, haber visto a su amigo más alejado del *unum quid* moderno. Dice lo siguiente: “Si la glándula es esa improbable cierta parte, *unum quid* también ella, y si es *unum quid* el que pronuncia *ego*, entonces el altercado con Descartes encuentra aquí su espacio: no en la cuestión del corazón o en la cuestión del cuerpo, sino a lo largo de una extraña trayectoria entre una improbable glándula pineal y una boca anterior a la palabra, una abertura todavía anoral y que ya está tocando”¹⁹. En este punto, la glándula pineal, o la boca, como parece decir Derrida, el alma y el cuerpo se tocan, de nuevo en un punto tangencial. No está lejos Derrida de las palabras de Nancy, la glándula pineal aparece en la reflexión de nuestro autor, en concreto en un pasaje titulado *Extensión del alma*. En el momento de mencionar la glándula pineal cartesiana Nancy está recogiendo ese punto de unión del alma y el cuerpo, reescribiéndolo en la cuestión

¹⁶ Íbidem, pp. 35-36

¹⁷ Nancy, J-L., *Ego sum*, op. cit. p. 132

¹⁸ Íbidem, p. 133

¹⁹ Derrida, J., *El tocar*, Jean-Luc Nancy, op. cit. p. 66

de la incommensurabilidad de las extensiones del alma y el cuerpo. Aquí aparece la mención que hace Nancy a la glándula pineal.

En un punto (es la glándula pineal, sitio de una incesante agitación), los dos movimientos se tocan en un mismo movimiento. Lo incorporeal es ahí corporal, y recíprocamente. No es una transustanciación, es una comunicación (pero sin duda se podría tratar de identificarlas a ambas). Esta comunicación conmueve la extensión y extiende la emoción. Ahora bien, ese doble movimiento no es otro que el de la dualidad comprendida en la identidad de un mismo “é” o *ex*, que prefixa la emoción lo mismo que la extensión. La unión es la operación única y doble de una exposición que es como la misma propiedad motriz de dos substancias. La unión, si podemos decirlo, es una re-unión, que habría que entender como una *ex*-unión o como una unión en sí misma exógena...²⁰

Detengámonos en ese punto de unión, ese punto que se abre, se espacia, que aparece en los textos de Nancy y de Paul Valéry como un abismo, una puerta al infierno, oscuro. Ese punto, *unum quid*, es *ego*, es la abertura por la que *ego* se desborda, por la que *ego* se enuncia y se espacia, por la que *ego* existe. Desde la unión y unidad del alma y el cuerpo llegamos a *ego*, a la pregunta por el sujeto, pasando por el mismo punto, la boca. Una boca abierta, por la que el pensamiento, en su extensión, se desborda, se convulsiona. “Psique es extensa: no sabe nada de ello”, en su extensión, en su incommensurable extensión, ella se pierde, se escapa. Se escapa por la boca, por los orificios del cuerpo que profieren hacia fuera, que expulsan, que hacen manar de sí, sangre, sentido, voz, líquidos. Nancy habla de este desconocimiento de psique, “que la psique es cuerpo y que precisamente es esto lo que se le escapa, y por tanto (se puede pensar) que lo escapado o el escape la constituyen en tanto que psique”²¹. La boca es una entrada al infierno, porque por ella psique se escapa y el sujeto surge y en el mismo instante en que surge, en que profiere *ego* exhibe su incompletitud, su desmoronamiento. En este punto, *unum quid*, la psique, el pensamiento y el sujeto *ego* se confunden, se mezclan en el pensamiento de Nancy por la nota que comparten, la extensión, el lugar que se espacia y los espacia.

En el siguiente pasaje, Nancy hace entrar en escena una palabra que hasta ahora sólo habíamos sospechado: “yo”

Unum quid no tiene una boca que pudiese manipular y abrir, como tampoco tiene una inteligencia que pudiese ejercer para reflexionar sobre ella misma. Pero algo –*unum quid*– se abre (eso tendría entonces apariencia de boca) y esa abertura se articula (eso tendría entonces apariencia de discurso, entonces de pensamiento), y esa abertura articulada, en una contracción extrema, forma: yo.²²

“Yo” aparece en este pasaje como la exhalación de esa abertura, de ese *unum quid*, la boca abierta, articulada en la apariencia de pensamiento forma “yo”, hace surgir “yo”. La boca del niño, abierta en el primer llanto, abierta y cerrada alrededor del seno, esa articulación, alrededor del otro, forma “yo”. Ese punto articulado,

²⁰ Nancy, J-L., *Ego sum*, *op. cit.* p. 142

²¹ Nancy, J-L., *Corpus*, Madrid, Arena Libros, 2010, p. 20

²² Nancy, J-L., *Ego sum*, *op. cit.* p. 128

punto de intersección de la extensión del pensamiento y de la unidad de *ego*, es el punto en el que el sujeto se erige, en la doble intersección, unión de alma y cuerpo, unidad de *ego*.

Dándose dos veces, dice Nancy, el sujeto se da siempre –cada día, cada vez, cada vez que digo *yo* y cada vez que *vivo*—y no *se* da nunca, pues no es nada que *se* pueda poner y que uno pueda tomar. El sujeto no es más que la experiencia *unum quid*, y esta experiencia no tiene objeto, ni procedimiento ni estatuto. La prueba de la unión del alma y el cuerpo está ahí menos para dar razón de los funcionamientos finalizados que observo en ese ser que es llamado hombre, que para designar el ser-por-sí del hombre –que no se sostiene más que de sostenerse en nada.²³

Aparece este darse del sujeto, en el que el reflexivo se hace problemático, en el que el sujeto no se autofunda, no se instituye a sí mismo, como dice Nancy en este pasaje, el ser-por-sí del hombre no se sostiene más que de sostenerse en nada, es una experiencia, una voz que sale de esa abertura todos los días. Para enfrentar esta cuestión hay que acudir a *¿Un sujeto?*, obra en la que Nancy recorre la historia de la constitución del sujeto moderno. Antecediendo a Descartes aparece San Agustín²⁴, es en este autor donde Nancy recoge la idea de la puntualidad del sujeto, del sujeto tambaleándose en la punta, una punta que hace a la vez de enunciativa: *ego*, y de receptora de un tú, de un imperativo que converge en el sujeto en el momento de su surgimiento.

Aquí sale a la luz algo que tendrá una gran importancia para todo lo que sigue, aquí surge la puntualidad del sujeto. [...] una puntualidad enunciativa y receptora al mismo tiempo. Es el asunto de esa llamada, de ese dictamen: *cognosce te ipsam* [...]. Hay una dirección, una palabra dirigida, el *ego* se conoce como *ego* en la medida en que un tú le es dirigido bajo el régimen del “tú mismo”. *Ego*, entonces, deviene también el que se dirige a sí mismo, que se llama o que se interpela. O bien es así que deviene *ego*, es así que un cierto “uno”, un supuesto “uno”, deviene *ego*. Y esa interpelación indica entonces un “entre”, un entre tú y yo [...]. Al mismo tiempo que remite al otro remite al mismo en su suposición más supuesta, si puede decirse, más íntima. [...] La suposición del otro, bajo la posición del mismo, sosteniendo la posición del mismo, es la condición y quizás la condición decisiva del sujeto. Es decir, también, tanto el otro supuesto como mismo, como el mismo supuesto como otro.²⁵

Nada parece resumir mejor este texto de Nancy que el título de la tercera parte de *El tocar*: “Puntuaciones: y tú”. Con este título, antes de entrar en el capítulo, se puede observar que Derrida destaca precisamente la idea de puntuación, puntualidad, el punto, y lo acompaña de “tú”, a modo de interpelación, de llamada, un “y tú” que coloca a Derrida en el lugar del yo y a Nancy en el receptor de esa interpelación, un “y tú” que desvela la puntualidad del sujeto como un “yo”, *ego* que se tambalea en la punta, en la abertura, en el umbral del abismo. Se trata entonces de puntos, de

²³ Íbidem, p. 130

²⁴ San Agustín antecede a Descartes, pero no es Descartes, opera aquí la toma de distancias, una de tantas, de Nancy respecto a Descartes

²⁵ Nancy, J-L., *¿Un sujeto?*, Buenos Aires, La Cebra, 2014, pp. 34-35

puntos “y tú”, de puntos de tangencia por donde tocarte a ti, de puntos también de fuga, de escape, por donde perderte. El “tú” del que habla Nancy, es un punto de nuevo, un punto de tangencia, que aleja a Derrida. El “tú” denota una proximidad y una cercanía con la que Derrida no se siente cómodo, que no deja lugar suficiente a la pluralidad que busca Derrida. Y así llega Derrida de nuevo a la boca, a ese punto “y tú”, al beso. De nuevo a la boca entreabierta, por el otro y alrededor del otro, de nuevo también al preludio del pensamiento, Derrida recoge una cita de Novalis que dice: “¿A quién no le agradecería una filosofía cuyo germen es un primer beso?”

En otro texto podemos encontrar una nueva reticencia de Derrida ante esta reflexión. En *Hay que comer bien o el cálculo del sujeto*, en el contexto de la reflexión sobre la estructura falogocéntrica del sujeto Derrida parafrasea a su amigo: dice “basta con tomar en serio la interiorización idealizante del *phallus* y la necesidad de su pasaje por la boca, ya sea que se trate de las palabras o de las cosas, de las frases, del pan o del vino cotidiano, de la lengua, de los labios o del seno del otro”²⁶. Para Derrida la apelación a la boca y los labios, y que el sujeto encuentre ahí su surgimiento, no lo libra de la estructura falogocéntrica. Pareciera que a Derrida le asustara ese primer beso, tal vez porque sabe que junto al primer beso se encuentra el suicidio: “queda por pensar juntos el primer beso y el suicidio”²⁷.

Retomemos el beso, ese lugar también extenso, también de espaciamento, dos bocas entreabiertas, ofrecidas, una a la otra, expuestas en su extensión a recibir el beso, a ser rechazado. El sujeto abierto, roto, fracturado en la abertura de su boca, su boca ofrecida al otro. Un primer beso, como el del niño al cuerpo de su madre que lo alimenta, un primer beso que es una primera ofrenda, una primera exposición, dice Nancy “yo soy la abertura, la tumba o la boca, la una en la otra”²⁸: beso de amor, beso de muerte. El beso, en cualquier caso, toca. Un primer toque, de los labios mismos, del alma y el cuerpo, el tocarse de la boca.

Recordando el segundo tiempo que planteaba Derrida, el lugar del tocar en este problema de las inconmensurabilidades del alma y el cuerpo. La boca como lugar de toque del cuerpo y el pensamiento, lugar donde se tocan, y en ese toque, como los labios, se abren, se espacian, se fracturan uno en el otro, leemos en *Corpus*: “De ahí que no tenga sentido hablar de cuerpo y de pensamiento separadamente uno del otro [...]: no *son* otra cosa que su tocarse uno a otro, el tacto de la fractura de uno por otro, de uno en otro. Ese toque es el límite, el espaciamento de la existencia”²⁹.

Acabamos, entonces, con un primer beso, el primer beso de Nancy y Derrida, aunque siempre estuvieron expuestos el uno al otro, y sus bocas ofrecidas. Cuenta Derrida, en el post scriptum del libro que dedica a Nancy, cómo soñó que le besaba en la boca. Ese beso, tal vez soñado, tal vez escrito, habla de un toque, de un toque tangencial, en un punto, en un instante, acercamiento infinito del alma y el cuerpo, de un pensamiento que escapa por la boca y pronuncia *ego* cada vez.

²⁶ Derrida, J., «Hay que comer bien o el cálculo del sujeto», *Confines*, 17 (2005), Buenos Aires, Edición digital de Derrida en castellano, p. 14

²⁷ Derrida, J., *El tocar*, Jean-Luc Nancy, *op. cit.* p. 411

²⁸ Nancy, J-L., *Corpus*, *op. cit.* p. 17

²⁹ *Ibidem*. p. 30

4. Epílogo

La andadura del sujeto tiene aún más capítulos, uno de ellos, que no necesariamente sigue un orden cronológico, sino que tal vez se encuentra siempre en el inicio de toda noción de sujeto es el del cuerpo desnudo y el cuerpo pintado.

La boca ofrecida del beso, el sujeto que se desborda por la comisura de unos labios que pronuncian “yo” y “tú”. El cuerpo está aquí presente de manera imperiosa, un cuerpo que habla, que grita, que sufre, que está expuesto, mostrado, pintado. Este cuerpo y esta boca que dice yo que dice tú y que en ese decir se ofrece y se expone tiene en Nancy una dimensión estética, sensible al tacto y a la vista. Se trata de la desnudez, del estar desnudos, del ego *sum*, que no es sino un ego *cum* mediado por la exposición y la extensión del cuerpo y del alma. En una obra algo más reciente Nancy vuelve a interpelar a Descartes, usa sus palabras para hacer algo distinto:

C'est ce qui fait que *ego sum* s'égalise à cogito: bien loin d'établir un sujet intellectuel, cette pensée du *sum* accède à un être qui se dérobe en tout chose du monde. C'est bien pourquoi, comme on le sait, l'évidence de cet ego est identique à son éclipse, el lui aussi –ou elle aussi, la *res cogitans*– se retire dans sa nudité.³⁰

En esta obra, Nancy expone, heideggerianamente, la ocultación del ser, de ego, y por tanto, también del sujeto. Un sujeto que piensa y que se esconde, que en su pensar se oculta en una relación con el otro, ese otro que es “tout chose du monde”, todas las cosas del mundo. *La pensée dérobée* ofrece también una definición de *res cogitans* y de *res extensa*. Lo hace desde la comprensión de la imposibilidad de apropiarse infinitamente de uno mismo, de sí mismo. En esta obra la *res extensa* aparece, precisamente, y como se ha pretendido mostrar en las páginas de este artículo, como aquello que impide la apropiación del sujeto, como aquello que lo desborda. Merece la pena traer las palabras de Nancy:

Une chose qui pense - *res cogitans* -, ce n'est rien d'autre qu'une chose qui se rapporte à soi. Une chose dont la nature de chose, la choséité, la choseté comme le disait Beckett ou la réalité (qui est en latin la même chose) ne consiste en rien d'autre qu'en un tel rapport, et non en une présence ou en un être-là. La « pensée » n'est rien de plus et rien de moins que tout ce qui se fait sur le mode de ce rapport, tout ce qui en a la réalité: sentir, vouloir, imaginer, concevoir, etc.

Res extensa, en revanche, la chose étendue, c'est ce qui n'a pas lieu sur le mode de ce rapport, ni du reste d'aucun rapport car tout rapport est pour finir rapport au soi et du soi: le rapport en général suppose qu'on se rapporte, à soi ou à l'autre. *Extensa* ne désigne pas une qualité de largeur, d'amplitude de surface: est étendu ce qui n'est pas *un*, et n'est *un* que ce qui n'est pas étendu, le point, lequel est précisément l'un qui n'arrive point dans l'espace, qui est sa négation. L'étendue n'est pas en rapport, elle est en exposition: tout, de sa chose, n'est qu'exposé, mis au-devant, tourné au-dehors et sans dedans, nulle part retourné vers soi, et par conséquent privé de « soi »³¹

³⁰ Nancy, J-L., *La pensée dérobée*, Paris, Éditions Galilée, 2001, p. 12

³¹ *Ibidem*, p. 179-180

Nancy ha conservado el vocabulario cartesiano para indicar que es en la propiedad de exposición de la res extensa (indisociable de la res cogitans) donde ego adquiere su significado, un significado tal vez decepcionante, ya que no se trata del sujeto apropiado de sí mismo, sino, precisamente, fuera de sí, escondido, desbordado por los agujeros y los poros de su cuerpo, “un être-toujours-hors-de-soi, sur la Surface de la toile, à fleur de peau”³².

5. Referencias bibliográficas

- Derrida, J., *El tocar; Jean-Luc Nancy*, Buenos Aires, Amorrortu, 2011.
- Derrida, J., «Hay que comer bien o el cálculo del sujeto», *Confines*, 17 (2005), Buenos Aires, Edición digital de Derrida en castellano.
- Nancy, J-L., *Ego sum*, Barcelona, Anthropos, 2007.
- Nancy, J-L., *Archivida. Del sintiente y del sentido*. Buenos Aires, Quadrata, 2013.
- Nancy, J-L., *El peso de un pensamiento*, Castelló, Ellago Ediciones, 2007.
- Nancy, J-L., *Corpus*, Madrid, Arena Libros, 2010.
- Nancy, J-L., *¿Un sujeto?*, Buenos Aires, La Cebra, 2014.
- Nancy, J-L., Ferrari, F., *Nus sommes (la peau des images)*, Paris, Klincksieck, 2006.
- Nancy, J-L., *La pensée derobée*, Paris, Éditions Galilée, 2001.

³² Nancy, J-L., Ferrari, F., *Nus sommes (la peau des images)*, Paris, Klincksieck, 2006, p. 35